

Antonio Pereira: un poeta novelista

Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo el 13 de junio de 1923, festividad de San Antonio. El Bierzo, con su fuerte personalidad, magia y atractivo, es la puerta que abre al poeta el mundo de los sueños

Afirmación de vecindad (de Cantar y seguir. Plaza y Janés)

SOY de una tierra fría, pero hermosa.

Aquí la nieve, la esperanza helada
de que se alumbre cada madrugada
el destino difícil de la rosa.

Y me basta. Me basta si esta cosa
que nombramos amor o sueño o nada
se la puedo cantar a quien me agrada,
a quien conmigo está y en mí reposa.

Queden en el dorado mediodía
la pronta floración bajo otros cielos
y los mares con lunas navegables...

Yo, con vosotros. Dando cada día
testimonio de cómo entre los hielos
abre el amor sus minas imborrables.

Su padre era comerciante de ferretería. El escritor lo recuerda en estos versos de su libro *Del monte y los caminos*:

"Todo sonaba en la tienda
enemiga del silencio:
los clavos sobre el platillo
de la balanza cayendo
y el choque de las caderas
redondas de los pucheros".

Su infancia y adolescencia transcurrieron allí con estudios de Bachillerato en el colegio de Don Manuel Santín, colegio de ambiente familiar y modesto situado en la Calle del Agua, junto a la casa donde naciera Enrique Gil y Carrasco. Allí recibió Antonio Pereira los primeros estímulos de su vocación literaria. Leyó mucho y de todo; como él ha declarado, se fue haciendo un chico soñador "poco mañoso para los deportes y las aventuras atrevidas".

Hacia mediados de los años cuarenta llega a León y establece amistad con los poetas de Espadaña, en especial con Antonio González de Lama, quien le publicó sus poemas iniciales. Así, poemas suyos comenzaron a aparecer en Revistas como Alba, Altano, Arte, etc.

En 1964 publica en la Colección "Adonais" su primer libro de poemas, *El Regreso*. Más adelante, reuniría toda su obra poética en *Contar y seguir* (1962-1972).

En 1967 gana el premio "Alas" con *Una ventana en la carretera*, libro de cuentos con que se inicia en este género literario en el que luego parece haberse afincado con notable éxito.

A partir de entonces, con cierta regularidad ha ido apareciendo su obra narrativa. Desde 1969, con *Un sitio para Soledad*, hasta su última obra, *Las ciudades de Poniente*, 1993, su obra narrativa ha estado presente en el panorama nacional con títulos como: *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*, *País de las Losadas*, *El síndrome de Estocolmo*, *Cuentos para lectores cómplices* o *Picassos en el desván*, entre otros.

A la vez, fue desarrollando su vocación viajera, fuente inestimable para su peculiar concepción del Mundo y de la Literatura: "Hay quienes me tienen por un trotamundos -confiesa el escritor- pero al mismo tiempo soy un hombre arraigado en mi tierra, amigo de la vida recogida. Esta combinación ha sido determinante para mi obra".

Antonio Pereira, "hombre sentimental y enfático, irónico y cordial", en palabras de A. González de Lama, es un escritor que ha abarcado con comodidad los distintos géneros literarios, atravesados siempre por una inclinación a la sugerencia, próxima al realismo mágico y a la literatura fantástica de autores tan queridos para él como Álvaro Cunqueiro o Jorge Luis Borges. Santos Alonso en su libro **Literatura leonesa actual** se ha referido a la obra del escritor berciano aludiendo a la ternura y al humor entrevelado y sutil de "un poeta novelista".

Pereira

ENTREVISTA-MANIFIESTO

Pregunta.-¿Cómo nace su vocación literaria? ¿Tiene algo que ver su Villafranca natal, el Bierzo mítico, con su mundo literario?

Respuesta: El Bierzo en general, y Villafranca en particular, tiene mucho que ver. Viví en Villafranca de niño y adolescente -el Bachillerato, etapa muy importante en la formación humana... -Es una villa tranquila, con un paisaje suave, con un clima dulce y ambiente histórico y literario. Es muy posible que todo esto haya influido en mi vocación.

P.-¿Le cuesta escribir? ¿Ese proceso de creación es largo, duro, surge de momento...?

R.-Ese proceso de creación es un asunto turbador e inquietante, sobre el que he pensado mucho. Es un problema complejo, porque si los escritores tuviéramos la costumbre de llevar un cuaderno de bitácora, un libro de navegación, según escribimos una obra, anotando todas las vicisitudes, eso sería muy esclarecedor. (Como lo hizo Gide con el *Diario de los monederos falsos*).

Puedo decir que a mí no me gusta escribir, lo que me gusta es haber escrito. Le tengo amor a la escritura, pero el momento mismo de la creación, sobre todo el

arranque, para mí no es placentero. Es decir, el problema de la cuartilla en blanco a mí me resulta muy inquietante. Luego me lanzo y ya llega el momento en que dices: "Quieto, la pieza está cazada". Se frota uno las manos y ya estás tranquilo, aunque queden muchas revisiones y correcciones.

P.-¿Con qué género literario se identifica más? ¿Qué opina de la transfusión de unos géneros a otros?

R.-Me adscribo mucho a la idea de los griegos de que el poeta es un creador. Me siento sobre todo poeta, tanto cuando escribo en prosa como cuando escribo en verso. Homero, ¿qué era más poeta o más narrador? Homero canta y cuenta. ¿Cómo me encuentro más a gusto? Empecé escribiendo en verso y no me extrañaría nada que mis últimas páginas -como cerrando una especie de ciclo- volvieran a ser en verso.

Ahora mismo acabo de publicar un pequeño libro de poesías, y estoy muy contento con la poesía en verso; aunque realmente el destino me ha llevado a ese mundo en el que las etiquetas se imponen... y ahora la etiqueta que tengo es la de cuentista.

P.-¿Qué es la poesía: una especie de consolación, un desahogo...?

R.-Es, sobre todo, consolación. Por eso, cuando se manejan muchas definiciones, yo siempre me acuerdo de algo que decía Ramón Gómez de la Serna en *Automoribundia*: "Para que no sean tan sórdidas las ocho de la noche..." Quiere decirse que realmente la poesía es un consuelo, una manera de tirar del carro de la vida.

P.-El cuento, ¿género narrativo autónomo?

R.-No me gusta considerar el cuento como semilla de la novela. El cuento para mí no es un entretenimiento entre novela y novela como "ejercicio de manos" o que ha servido para engordarlo y convertirlo en novela. El cuento es otra cosa. Lo que pasa es que me he ido dejando llevar hacia la narrativa breve quizás por mi condición de hombre "disipado", no en el sentido de libertino sino de hombre que se ha movido en otros oficios distintos de la poesía, que ha viajado mucho, que se ha movido mucho...

Entonces, para escribir una novela se necesita constancia, hay que "echar culo" en la silla. Mientras que el cuento, si viene la inspiración, si sale, lo escribo, luego me lo echo al bolsillo y lo termino por ahí de manera "peripatética", moviéndome por la ciudad. Los cuentistas, como los poetas, somos gente maniática, carne de psicólogo y, quizás, hasta de psiquiatra.

P.-Fabulación y realidad. ¿Hasta qué punto pertenece a esa estela de narradores que

inventan la realidad: Borges, Cunqueiro...?

R.-Me siento muy afín a ellos. He escrito muchos artículos periodísticos en la "Vanguardia", donde yo "mentía", fabulaba. Muchos de mis cuentos tienen una gran apariencia de realidad: están escritos en primera persona, a veces el protagonista se llama Antonio, estoy allí claramente identificado... La mayor parte del relato es inventado.

En el *Síndrome de Estocolmo* se habla de un narrador en primera persona -yo mismo-, en Puerto Rico, que es secuestrado junto con su mujer y luego hay una liberación rápida. Cuando se publicó y yo regresé a León, y a Villafranca, de mis viajes por América, había gente que estaba convencida de que todo había sido cierto. "¡Hombre, qué mal lo habréis pasado!", comentaban. Gullón, el gran maestro y amigo, lo estudiaba en el ensayo sobre mi obra -recogido en el prólogo de *Cuentos para lectores cómplices*-; habla de la ficcionalización del autor.

P.-¿Cuáles son sus lecturas preferidas? ¿Hay alguna que le haya influido decisivamente?

R.-Soy desordenado e inquieto. Leo bastante, no demasiado. En mi mesilla de noche o en mi escritorio estoy leyendo al mismo tiempo cinco o seis libros.

Respecto a las influencias, recuerdo que en mi adolescencia me inquietaba mucho un autor hispanoamericano del que apenas se habla ahora: Vargas Vila, un esteticista que hablaba mucho de nenúfares y lampadarios, y aquello me emocionaba mucho. Pero, afortunadamente, yo debía tener una buena salud literaria y ya entonces di con Valle-Inclán, y aquello fue el gran descubrimiento y mi gran pasión. *Las Sonatas de Valle* -por cierto, hay que adscribirlas al género narrativo breve- me conmovieron...

Más adelante citaré al argentino Borges, con el cual, además, tuve relación personal y algún encuentro interesante. Y el gran Cunqueiro, muerto cuando iba a estallar su gran "boom". Álvaro Cunqueiro, para mí, tenía toda la materia de premio Nobel.

P.-Llegó tarde para pertenecer a "Espadaña" y demasiado pronto para integrarse en "Claraboya", ¿con qué grupo o tendencia se identifica?

R.-La verdad es que siempre me he sentido un poco desfasado, un poco libre e independiente.

Fui enormemente precoz para escribir y para publicar en periódicos y revistas; a mis trece o catorce años andaba por ahí publicando en papeles, cosa que digo sin pizca

de satisfacción, porque me fastidian los niños precoces. Sin embargo, luego fui tardío en publicar en libros. Esto explica que haya una especie de falta de ubicación mía en ese mundo profesoral de las clasificaciones y de las generaciones literarias.

Evidentemente me siento, quizás, más próximo a "Espadaña", porque ese mundo está más ligado a mis primeros recuerdos. Y luego hay otra revista literaria, "Alba", editada en Vigo y La Coruña dirigida por el villafranquino Ramón González Alegre. Se puede decir también que pertenecía al grupo "Alba".

P.-¿Podría señalar etapas en su trayectoria literaria?

R.-Claro, hay etapas, evidentemente. En la poesía, mis primeros tiempos andaban por un mayor formalismo, escribía sonetos frecuentemente; después, cambié un poco las formas. En *El Regreso* hay una especie de inocencia y sencillez, que luego se pierde un poco y se complica en otros libros; pero también ocurre que después hay un regreso a esa misma sencillez.

Esto sucede también en la narrativa breve: mi primer libro de cuentos *Una ventana a la carretera* (Premio Leopoldo Alas), cuentos de la inocencia del narrador. Luego pasé por otras etapas de experimentalismo y de complicación, como puede verse en algunas piezas de *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (por ejemplo, "Las erotecas infinitas"). Últimamente, he vuelto a la máxima sencillez, al estilo más directo y simple.

ENTREVISTA A ANTONIO PEREIRA:

Efectuada en León, el 27 de Junio de 1995.

La plaza mayor

TRASPASADA de silencio
la Plaza Mayor está.

Por siete calles delgadas
derrama su soledad
mientras dos ángeles velan
con celo municipal.

Arropados en la noche
los hombres aman en paz
y hacen corazones nuevos.
La historia haciéndose va.

Se está haciendo un nuevo día;
aroma de fruta Y pan
que alerta por los tejados
a los gallos de metal.

Montañas que el viento afila
abren sus pechos de sal
y se hacen dulces regueros
de blanca leche lunar.

Flores sangrando rocío,
acabadas de cortar,
ya vienen por los caminos
con soles sin estrenar.
Vírgenes apresuradas
las traen en el delantal.

De los páramos antiguos
polvo de luz cereal
blanquea por las arrugas
de labriegos sin edad.

Cuando el día se confirma
sobre torres de cristal,
ya son una sola sangre
la del campo y la ciudad:

Equilibrio de la Plaza

Mayor, recinto cabal,
con norma de simetría
perfecta de vecindad.

Antonio Pereira

PALABRAS, PALABRAS PARA UNA RUSA (Fragmento)

Aquella del Metro vestía un traje sastre algo varonil, y la fuerza de sus músculos no viviré yo bastantes años para agradecerla... Pero me estoy alejando de lo suave y lo dulce que iba a tener en mis brazos, al compás de un blues o como se diga en ese otro mundo de los comunistas, tan diferente, tan parecido al nuestro. Ya he dicho que los de la boda empezaban a mirarme bien. La mujer de mi obstinación se había quedado perpleja cuando después de la cortesía general al grupo me incliné mirándola en una petición inequívoca. Casi aterrada, pero conmovida, así es, discretamente conmovida, esbozó una negativa cortés. Entonces ocurrió el gesto abierto y civilizado del marido que la autorizaba e incluso la animaba con una afirmación de la cabeza que no necesitaba palabras.

Accedió perezosamente. Se puso de pie, y un momento sonrió a sus acompañantes como diciendo qué otra cosa puede hacerse con un forastero. Llevaba un vestido sedoso y negro, modesto pero distinguido, se me ocurrió que no procedía de los almacenes del Estado y que acaso se lo hubiese hecho ella misma. Entonces la conduje hacia la pista, tan llena que apenas podía verse el mármol suntuoso sobre el que bailaban las parejas. Nos enlazamos con cautela. A mí me bastaron los primeros pasos para saber que la mujer era falsamente delgada, honesta, y probablemente sensible. Bailábamos como quería San Ambrosio, o sea que un carro cargado de hierba pudiera pasar por entre nuestros cuerpos. Podía mirarla a la cara, pero la rusa, entonces, sentía una curiosidad urgente por las otras gentes o por las lámparas o lo que fuera, con tal de no tropezarse con mis ojos. La verdad es que yo no tenía más deseos que la admiración decente de aquella belleza delicada, cómo iba a imaginarme que llegaríamos a lo que luego llegamos.

Me parece que empecé hablándole de la concurrencia tan alegre del restaurante, del frío que había llegado de repente a Moscú, de cosas sin importancia.

Le hablaba despacio. Le hablaba reclaro. Ella enseñaba una sonrisa cobarde y ladeada, y con un movimiento de la cabeza negaba toda posibilidad de entenderme. No importa, le hice saber no sé de qué manera.

Poco a poco dejó de negar y yo vi que empezaba a prenderse en el hilo de las palabras. Alguna vez me han dicho que tengo una voz grave y sonora, próxima a lo abacial -no sé si me elogian-, incluso a lo enfático. Yo no sabría decirlo, porque nadie escucha su propia voz. Luego, en el excitante ambiente del lugar bastaba una leve intención artera para que las palabras se vieran realzadas por el misterio... Sin forzar las cosas, nuestros cuerpos mortales se acercaron un poco, pero sin llegar al protagonismo.

Fue entonces cuando empecé a ser claramente consciente de mis armas. Me puse a inventar cadencias; explotaba las pausas entre frase y frase, como se gobiernan los tiempos del amor cuando se tiene a una mujer para toda una noche hermosa. Nadie en el mundo que nos viera bailando hubiera podido tacharnos de promiscuidad, ni siquiera de inconveniencia. Pero yo veía subir a mi compañera por una escala de emociones que se le reflejaban en el rostro huidizo, en el ritmo de la respiración sofocada... Ahora me convenía descuidarme totalmente de los significados, concentrarme en el hálito que se desprendía de las palabras como una caricia o un veneno. Se me ocurrió recitarle la Salve, que es la única oración que recuerdo de cuando yo era bueno. «Reina y madre / de misericordia... / vida y dulzura... / esperanza nuestra... » Jamás hubiera sospechado la eficacia de este invento piadoso. Mi amiga, mi dulce amiga, no podía descifrar «en este valle de lágrimas», y sin embargo sus ojos verdosos se humedecieron. Yo le enseñé a que nos comunicáramos con la presión solapada de las manos, y me alegré porque la orquesta no hacía ninguna pausa, era como nuestras orquestas de los veranos que tocaban series muy largas. El caso es que no se me acabara la cuerda. Hubiera querido recordar todas las oraciones de la catequesis. Debí de asociar la catequesis con la escuela y encontré como un tesoro la tabla de multiplicar -tres por una es tres; tres por dos, seis; tres por tres, nueve-, y ella dejándose mecer -cinco por cuatro, veinte; cinco por cinco, veinticinco; cinco por seis, treinta... -, hasta que me atasqué en la tabla del 7.

Aquel desfallecimiento lo empleé en hacerme figuraciones sobre esta mujer, porque me moriré sin saber su nombre, su profesión, el origen de aquella tristeza vaga de sus ojos. En vano intenté ponerle el guardapolvo de una fábrica, la bata blanca de un laboratorio, porque nada podía quitarle su aire de dama romántica de una novela de Tolstoi o de un poema de Puchkin.

¡Pero cómo no se me había ocurrido antes lo de los poemas! La inspiración me llegó en el momento justo, cuando la Karenina o como se llamara recuperaba la tibieza

inicial y un aflojamiento de su mano me estaba diciendo que debíamos volver a nuestras mesas tan separadas como nuestros mundos. Yo no la solté. La orquesta tocaba las mismas piezas sentimentales que se oían en Pasapoga en los años 50, y despacio, sobre la música de fondo, empecé con La casada infiel. Volvió la tensión oculta a soldarnos con más fuerza que antes, ahora angustiosamente, como si ella y yo supiéramos que esta locura estaba a punto de terminar. Menos mal que sé poesías de Lorca, de don José Zorrilla, de Garciasol... Mi compañera entornaba los ojos. No habíamos llegado al clímax, pero yo lo auguraba próximo, gracias a esas antenas erectas y sensibles que son cualidad del amante...

La llave la tenía un poeta que se llama Crémer. -«Qué cercano a las nubes ese límite de fuego» -me escuché decir, imparable en mi determinación-. «Bajo la bóveda sombría arde la catedral. / Cuatro farolas la guardan / con verdes ojeras de soledad / y lentos ríos de sombra / avanzan por calles de cristal / con lunas como cuchillos / resplandeciendo en el fondo del mar.»

Con la lucidez de un viejo sátiro que experimentara sobre una doncella llegué a advertir que mi pareja me clavaba sus uñas afiladas al caer de los versos pares, allí donde el acento hace agudas como lanzas a las palabras. Y cuando «Un desnudo viento arranca / hebras de serenidad / a los rostros de piedra y de lluvia / de San Pedro y de San Juan», mi rusa, mi amor, entregó ese gemido anhelante de la hembra que ya no puede más. Entonces rompió su silencio de palabras y yo escuché la súplica que me sonó como un grito, aunque ella lo dijera como un susurro para mí solo:

-Niet, niet.

O sea -era fácil de traducir-: «No, no, basta ya, por favor, usted y yo hemos ido demasiado lejos.»

Se soltó de mi abrazo, que no había dejado de ser un abrazo de salón a los ojos de todos, y yo la seguí hasta su mesa, a donde llegó astutamente recobrada de su aventura y con el rostro más inocente del mundo. Deseché el továrisch (camarada) que me habían enseñado en ruso.

-Gospoyá... -o sea, señora, agradecí inclinándome como si estuviéramos en el casino de Palencia.

Y al marido:

-Gospodín... -que quiere decir señor.

(El síndrome de Estocolmo. Ed. Mondadori. Madrid, 1988)